

CLINAMEN: ENTRE LIBERTAD Y DETERMINISMO EN DE RERUM NATURA DE LUCRECIO

MARÍA ELENA PONTELLI

Universidad Nacional de Rosario

(Argentina)

RESUMEN

En el presente trabajo se trabaja principalmente en la noción de *clinamen*, el cual debe entenderse como una desviación azarosa que ocurre en el átomo. Lucrecio argumenta, siguiendo la tradición atomista que lo precede, que el fundamento ontológico de la realidad, es que toda la naturaleza está compuesta de átomos y vacío. El filósofo adhiere a una concepción esencialmente mecanicista del cosmos: el hecho de que el mundo no es una creación de los dioses, hace que la naturaleza sea una constante repetición de los hechos. El concepto de *clinamen* lleva a Lucrecio plantear, además, el problema del determinismo y la libertad: si todo movimiento es siempre una relación causal con un antes, ¿de dónde viene este poder independiente del destino, a través del cual nos movemos hacia donde la voluntad de cada uno conduce? En segundo lugar, si todos los movimientos de los átomos son inflexiblemente determinados, la capacidad humana para decidir y asumir la responsabilidad de su accionar no podrían explicarse.

ABSTRACT

In this paper is mainly work the notion of *swerve*, that concept is

understood as some random deviation that occurs in the atom. Lucretius argues, as atomistic tradition that precedes it, that the ontological foundation of reality, is that all nature is made up of atoms and empty. He adheres to an essentially mechanistic evolution of the cosmos: the fact that the world is not a creation of gods, implies that the nature is a constant repetition of events. The notion of *swerve* leads to Lucretius to raise, in addition, the problem of determinism and freedom: if all movement is always causally linked to an earlier, where does this power independent of fate, through which we move towards where the will to each leads? Secondly, if all the motions of atoms are inflexibly determined, the human ability to decide and take responsibility for their actions can not be explained.

PALABRAS CLAVE:

Lucrecio-*Clinamen*-Libertad-Determinismo.

KEYWORDS:

Lucretius-*Sswerve*-Freedom-Determinism.

En la presente ponencia se trabajará principalmente es el concepto de *clinamen*, entendido como cierta desviación azarosa que se produce en el átomo. Lucrecio sostiene, al igual que la tradición atomista que lo precede, que el fundamento ontológico de lo real, radica en que toda la naturaleza está constituida por átomos y vacío. Adhiere a una concepción esencialmente mecanicista del devenir del cosmos: el hecho de que el mundo no sea una creación de los dioses, hace de la naturaleza una repetición constante de los acontecimientos. La

noción de *clinamen* conduce a Lucrecio a plantear, complementariamente, el problema del determinismo y la libertad: si todo movimiento está siempre vinculado causalmente a otro anterior ¿de dónde nace este poder independiente de los hados, por cuyo medio avanzamos hacia donde la voluntad a cada uno nos lleva? En segundo lugar: si todos los movimientos de los átomos se encuentran inflexiblemente determinados y no existe resquicio alguno de autonomía en la acción humana que desarme los vínculos causales, la posibilidad humana de decidir y responsabilizarse de sus actos no podrá ser explicada. De poco valdría, en este sentido, liberarnos de la noción de unos dioses interfiriendo en la naturaleza, si para ello debiéramos entregarnos al dominio absoluto de la necesidad. Es precisamente por medio del concepto del *clinamen* que Lucrecio busca romper con el tajante determinismo de Demócrito y lograr cierta compatibilidad entre la causalidad producida por las leyes de la naturaleza y la posibilidad de otro tipo de causalidad dada por la libertad y voluntad humana.

Lucrecio, como cualquier filósofo que pertenezca a la corriente atomista, no deja de concebir una idea determinista de la vida. El hecho de que el mundo no sea una creación de los dioses, hace de la naturaleza una repetición constante de los acontecimientos, ya sea por la sucesión de estaciones o cuerpos celestes del espacio, por la producción de frutos, la reproducción de los hombres que se van sucediendo una y otra vez para procurar la permanencia de la vida. Lo que el filósofo busca es un modo naturalista de explicar los ciclos y descartar así cualquier intromisión sobrenatural. Para ello se sirve de la teoría atomista, con una impronta fuertemente mecanicista fundada por Demócrito que excluye toda finalidad. Esta concepción mecanicista, como dijimos, está intrínsecamente ligada a la exclusión de todo teleologismo divino.

Epicuro, que también concibe el universo desde idéntica perspectiva,

considera que esta tesis, fundada en el movimiento de los átomos en el vacío, no es una abstracción metafísica, por el contrario, la encuentra sugerida y constantemente confirmada por la experiencia misma que nos habla acerca de la realidad de las cosas, las causas que engendran su movimiento y las consecuencias que producen en otros cuerpos. Sólo hay átomos infinitos en número y vacío como condición del movimiento de aquéllos. Los átomos y el vacío sirvieron para argumentar que el Universo es un producto de la combinación de ambos elementos entre sí, y no el resultado de una obra divina. Comencemos entonces por ver qué es lo que se entiende por átomo: los átomos son las partículas elementales a las que todas las cosas se reducen, son simples, indivisibles e imperceptibles por los sentidos. El vacío, tampoco es advertido, pero es el lugar no ocupado por la materia, es lo que los átomos no son. Parece una entidad superficial, o mejor, una no entidad, pero su función es la de proporcionar un medio por el cual los átomos puedan moverse.

Solamente por átomos y vacío está compuesto todo, no hay posibilidad de un tercer principio. Con respecto a este punto, Cappelletti (1987: 94) manifiesta que esta tesis es, para Lucrecio, lo suficientemente contundente como para obligarlo a una formal demostración: “este tercer elemento hipotético, si existiera, podría ser percibido con el tacto o no. En el primer caso, sería materia; en el segundo, sería vacío. Después están los atributos que sólo tienen existencia en y por estos dos elementos”.

Como vemos Cappelletti sólo refiere a dos elementos infinitos que no están totalizados bajo lo Uno como sí lo hará Epicuro que añadirá un tercer infinito abarcador con el que subsumirá a los otros dos que y es el del Todo. Cappelletti seguirá a Bailey y a Boyancé al sostener que resulta arbitrario querer hallar en Lucrecio este tercer infinito que reúna a los dos anteriores.

Esta postura se ve mucho más radicalizada en las palabras de Deleuze. Lo

que Deleuze ve en Lucrecio son las primeras huellas del pensar la filosofía de la diferencia, lo cual se muestra cuando leemos: “pensar lo diverso como diverso es una tarea difícil en la que, según Lucrecio, todas las filosofías precedentes habían fracasado”.¹

Más allá de esta importante diferencia entre las filosofías de Epicuro y Lucrecio, el poeta-filósofo está en consonancia con el maestro en el punto en que su filosofía se presenta como una descripción y explicación de la naturaleza, en la que todos sus movimientos son la puesta en escena de los mecanismos más generales y particulares del mundo. Dicha conclusión no es más que el producto generalizado racionalmente de lo que captamos por medio de nuestros sentidos. Si luego nos referimos al punto de partida del universo, Lucrecio no será la excepción de los filósofos que se preguntaron por la naturaleza y afirmaron que “nada puede surgir de la nada” en el verso 150: “Por un principio suyo empezaremos: / Ninguna cosa nace de la nada” (I, 150-1).²

La posibilidad de otra opción iría en contra de cualquier principio racional. Lo que diferencia a Lucrecio de sus antecesores con respecto al principio es no sólo una fuerte actitud, como dice Cappelletti “militante y agresiva”, sino también el no haberse quedado en la mera opinión ya que dio muchas pruebas racionales de aquello que intentaba defender.

Negar el principio “nada surge de la nada” sería negar toda ley natural que implica nexos, causas y consecuencias.

Tanto Lucrecio como Epicuro supieron determinar el objeto especulativo y práctico de la filosofía como “naturalismo” y su importancia está ligada a esta doble determinación. Ambos estaban convencidos de que las explicaciones de la naturaleza deben estar encuadradas de una manera coherente, excluyendo toda

¹ Deleuze Gilles (2005: 267).

² Lucrecio (1984: 98).

mediación divina para valerse de juicios racionales que a su vez deben contrastarse por medio de la experiencia. A pesar de que los átomos y el vacío no pueden ser objeto de percepción, su existencia sí puede ser testimoniada por el espectáculo brindado por la realidad de los cuerpos y sus respectivos movimientos. En este punto no podemos dejar de lado para qué sirve la filosofía y cuál es su papel. Siguiendo a su maestro Epicuro y coincidiendo con otros grupos como los cirenaicos y los cínicos, Lucrecio no aceptará de ningún modo la teoría pura que implica la aspiración al saber por el saber mismo. Para él ninguna especulación tiene el carácter de fin en sí mismo sino de medio, de instrumento para lograr la felicidad. En Lucrecio la filosofía no se basta a sí misma, como ya dijimos, no es un fin en sí, sino un instrumento para la liberación y por qué no afirmar con Cappelletti una función “catártica y soteriológica” para purificar el alma y la mente de falsas concepciones religiosas que producen miedo y sujeción. La filosofía no será un saber que se justifique a sí mismo y que tenga en sí su propia razón de ser. Las leyes que rigen la Naturaleza no implican, sin duda, la existencia de un Dios providente ni de un legislador supremo. Lucrecio afirma con entera convicción y firmeza que los átomos no sienten ni tienen en sus movimientos finalidad alguna y para negar la versión teísta Lucrecio (1984: 299) se sirve de imperfecciones de la naturaleza para mostrar que ella no es producto de ningún designio divino:

“Suponiendo que yo mismo ignorara
de los principios la naturaleza,
a asegurar, no obstante, me atreviera,
cielo y naturaleza contemplando,
que no puede ser hecha por dioses
máquina tan viciosa e imperfecta”. (V, 278-283)

Cappelletti (1987: 122) nos comenta que “el propósito anti-teleológico de su cosmogonía le resulta al poeta-filósofo tanto más caro cuanto más vinculado lo

siente al propósito anti-teológico. Y en esto parece sobrepasar el celo de su maestro Epicuro". Desde toda la eternidad los átomos se mueven en el espacio infinito, han entrado en toda clase de combinaciones hasta que llegaron a una cuyo resultado es precisamente este universo que habitamos. Dicha combinación que supone un equilibrio entre los elementos, se mantiene durante cierto período.

Santayana (1943: 27) fundó su perspectiva haciendo hincapié en el hecho de que Lucrecio "considerara el universo como un gran edificio, como una gran máquina cuyas partes se hallan todas en acción recíproca, originándose unas de otras de acuerdo con un profundo proceso general de la vida". Nos recuerda que su poema describe la naturaleza, esto es el nacimiento y composición de todas las cosas. Muestra que todas están compuestas de elementos, y que estos elementos, que supone son átomos en perpetuo movimiento, experimentan una redistribución constante de tal suerte que perecen cosas viejas y surgen cosas nuevas. En el seno de esta concepción del universo inserta una concepción de la vida humana como una cosa sometida a las mismas condiciones que rigen para todas las demás. Para ello es necesario concebir a estas condiciones como un todo permanente que regule y produzca la vida y la nutra.

Volviendo a Lucrecio, surge una paradoja cuando se introduce el choque entre átomos para explicar la formación y separación de las cosas. Puesto que los átomos se mueven continuamente, la cuestión es saber hacia dónde se mueven y por qué. El poeta responde representándose los átomos cayendo siempre abajo.

Estos átomos infinitos en número, responden a una regularidad que consiste en caer hacia abajo. Ante esto, Lucrecio reconoce que con esta caída no basta para explicar la formación de los mundos como tampoco su desintegración. Para eso es necesario introducir un nuevo concepto: el *clinamen*. Gracias a él los

átomos se desvían un poco de su trayecto y aseguran la posibilidad de los choques entre átomos para romper con el determinismo extremo de toda concepción naturalista. Comenta Valentí Fiol (1949: 33): “Lucrecio admite la libertad del alma humana. Lo que en la física de Epicuro había de ser fatal inconsecuencia, en su moral se convierte en un elemento de consuelo”. O sea que otro de los efectos ineludibles que produce esta nueva noción es la referente al libre albedrío del hombre. Allí se produce una grieta por donde escapan flujos de libertad.

Este punto, a nuestro entender, es el que más fuerza cobra en los escritos lucrecianos de Cappelletti, quien destaca que Lucrecio reconoce en los átomos, además de la gravedad y de los mutuos impactos, “otra causa del movimiento, de la cual nacería la capacidad de autodeterminación”.³ Esta “otra causa” es interpretada por el filósofo anarquista como presencia e intervención del espíritu en la materia. Es decir, que gracias al *clinamen*, el espíritu no estaría determinado.

Esta nominación, refiere a leves movimientos oblicuos que los sentidos no llegan a percibir. El *clinamen*, como elemento paradójico, no sólo le da sentido al encuentro de átomos y la formación de cuerpos, sino también da razón del libre albedrío del hombre. Leámoslo en *De Rerum Natura*:

“La pesadez impide ciertamente
que todo movimiento sea efecto
como de fuerza extraña: mas si el alma
en todas sus acciones no es movida
por interior necesidad, y si ella
como vencida llega a ser sustancia
meramente pasiva, esto es efecto

³ Cappelletti (1987: 126). Para justificar su postura, el autor recurre al libro II, 284-86, que traduce de la siguiente manera: “Por lo cual es preciso admitir que en las semillas hay también, además de los choques y del peso, otra causa para el movimiento, de donde nos viene ese innato poder”. Pero la traducción de Abate Marchena dice otra cosa: “Esta verdad te obliga a que confieses en los principios diferente causa de pesadez y choque; e esta nace la libertad, porque nosotros vemos que nada puede hacerse de la nada”.

de declinar los átomos un poco
ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso".⁴ (II, 368-376)

Lucrecio necesita imponer un camino que rompa con la rigidez del movimiento atómico. Por medio del nuevo concepto propone una manera de poder explicar la libertad de elección del hombre. Además la libertad es para nuestro filósofo ante todo, un hecho que la experiencia atestigua, por eso la describe en nosotros mismos como un poder que nos sustrae al determinismo y a la fatalidad. Además, para reforzar esta "actitud liberadora", no olvidemos que una de las cosas de las que había que liberarse para ser felices, era del destino. Con respecto a este punto, Cappelletti (1987: 126) sostiene que "parece acercarse, a pesar suyo, a Platón, al mismo tiempo que se aleja de los estoicos, en quienes la doctrina de la causalidad universal hace muy difícil salvar lógicamente la libertad".

Atendiendo ahora al "antiteleologismo" de Lucrecio, apreciemos algunos pasajes:

"pues no han sido formados nuestros miembros
para servicio nuestro: los usamos,
porque hechos nos los hemos encontrado:
la vista no nació antes que los ojos".⁵ (IV, 1140-1144)

Así es como Lucrecio nos dice que nada surge en el cuerpo para que podamos utilizarlo, es decir, con algún fin, sino que en cuanto surge produce su uso. Lo que el filósofo está tratando de eliminar son las causas finales. Para ir cerrando este punto, sinteticemos: si bien las nociones acerca del átomo fueron heredadas de Demócrito, fue necesario alterar alguna parte de su concepción y romper con un mecanicismo tan tajante. El movimiento de los átomos no debe ser absolutamente regular, no se puede instaurar un sentido único. De alguna

⁴ Lucrecio (1984: 150).

⁵ Lucrecio (1984: 270).

manera hubo que aplacar el destino y para ello debía admitirse el azar. Esta alteración del mecanicismo consistió en permitir al átomo una pequeña desviación en su curso. Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza del azar como entidad en sí misma? ¿estamos determinados por el azar? “Sí” sería la respuesta de Santayana y de Deleuze. “No” la de Cappelletti, que alega por la autodeterminación del espíritu por sobre la materia.

BIBLIOGRAFÍA

CAPPELLETTI, A. (1987) *Lucrecio, La filosofía como liberación*, Venezuela.

DELEUZE, G. (2005) *Lógica del Sentido*, Buenos Aires.

LUCRECIO (1984) *De rerum natura*, España.

SANTAYANA, G. (1943) *Tres poetas filósofos - Lucrecio, Dante, Goethe*, Buenos Aires.

VALENTÍ FIOL, E. (1949) *Lucrecio*.